

Tiempo de interpelación: entrevistas iniciales con niños y padres

Adela Costas Antola

*"...ninguna verdad podría anticipar lo que es soportable de saber."*¹

J. Lacan

Seguramente los psicoanalistas acordamos que las primeras entrevistas con quien solicita ser escuchado constituyen un momento privilegiado. Las razones para sostener tal afirmación variarán de acuerdo con la posición teórico-clínica de cada uno. La necesidad de formular un diagnóstico diferencial entre neurosis, psicosis y perversión constituye uno de los primeros objetivos de las mismas, junto con el sopesar las condiciones de cada sujeto para llevar adelante un análisis.

Dado que ha transcurrido más de un siglo desde el nacimiento del psicoanálisis, no podemos dejar de considerar los efectos del mismo al insertarse en nuestra cultura y, puntualmente, en los padres que llegan a nuestros consultorios. ¿Qué esperan de un analista? ¿Normas respecto de la crianza? ¿Ser evaluados como padres? ¿Depositarse al hijo en manos de alguien idóneo? ¿Cumplir con una derivación como ante cualquier otro análisis? Nosotros analistas, ¿cómo nos posicionamos frente a ello?

Las distintas maneras con que nombramos los encuentros iniciales pueden darnos algún indicio sobre nuestra posición respecto de estos interrogantes.

Consulta, término heredado de la práctica médica, donde suele concluir con una **indicación** del médico. Ambos términos nos remiten a la idea de que el consultado es el depositario del saber y, por tanto, se encuentra capacitado para formular la indicación adecuada. Tengo la impresión de que en los últimos años este término se ha difundido entre los analistas, tal vez coincidiendo con la expansión de las empresas de medicina pre-paga.

¹ Lacan, J. (1964-1965). Seminario 12: *Problemas Cruciales para el Psicoanálisis*, Clase 17 del 10/VI/65, inédito.

Bion nos señala la necesidad de marcar claramente las diferencias entre medicina y psicoanálisis, pues él entiende que la brecha que separa a ambas es insalvable. Una de las distinciones marcadas por este autor es que se requiere que el paciente sufra su dolor como condición de análisis, requisito inútil para la consulta médica.

¿Los analistas hacemos indicaciones en el sentido médico? ¿Detentamos un saber que nos permite señalar el camino correcto? ¿Creemos verdaderamente que existe **un** camino predeterminado? En la clara diferencia que establece Agamben entre ciencia y experiencia humana, afirma: "*Mientras que la experiencia científica es en efecto la construcción de un camino cierto (de un métodos, es decir, de un sendero) hacia el conocimiento, la quête en cambio es el reconocimiento de que la ausencia de camino (la aporía) es la única experiencia posible para el hombre.*" Agamben (2001)²

En nuestra clínica actual recibimos una cantidad considerable de consultas que los padres realizan por **indicación** de alguien: colegio, pediatra, jueces. Muchas veces se trata simplemente de llevar a cabo la orden recibida sin sentirse implicados con el malestar del niño, detectado a veces por quien indicó la consulta. Sin embargo, el ser escuchados puede llevarlos a escuchar el sentido singular de su padecer, permitiéndoles iniciar un camino propio. La "orden" se transformará entonces en un deseo de saber acerca del malestar que los ha traído a la consulta.

Pasemos ahora a considerar la expresión entrevista **preliminar**, término que proviene del latín *liminar*, `propio del principio`; anuncia que algún hecho vendrá a continuación. Las entrevistas serían un paso previo a lo verdaderamente importante: el análisis propiamente dicho.

¿En dónde se origina la suposición de que debería advenir un análisis? Mientras Freud parecía colocarse en posición de evaluar las posibilidades de una persona para llevar adelante una experiencia analítica, a veces tengo la impresión de que partimos del supuesto de que un psicoanálisis no le vendría mal a nadie, como si se tratase del Bien absoluto. Si el entrevistado no acuerda con ello, tendemos a juzgar que está eligiendo el camino equivocado.

² Agamben, G. (2001): *Infancia e Historia*. Buenos Aires, AH Editora, pp.34-35.

Antes de emitir esta sanción ¿nos detenemos a pensar en las consecuencias que puede tener un análisis para el consultante? ¿De dónde nos surge la creencia en la existencia de un camino garantizado? ¿Tiene alguna consecuencia en el niño que el analista asuma la posición del que detenta la verdad cuando ese lugar corresponde a los padres?

Winnicott nos dice al respecto " *...no me gusta hacer que los padres crean que en el análisis estriba su salvación. ... Me refiero a que debe evitarse dar la impresión de que si, el psicoanálisis curará al paciente, es decir, hará de él lo que ustedes quieran, sin que ustedes tengan que hacer ningún esfuerzo.*" Winnicott³ (1957).

Aunque esta frase puede transmitir la idea de que el análisis podría hacer de un niño lo que los padres quisiesen, no resulta coherente con el espíritu de este autor; sino más bien, combatir la concepción del análisis como un camino de salvación, enfatizando al mismo tiempo la necesaria participación de los padres en los cambios que provocará el análisis de un niño.

Si entendiéramos las entrevistas no como un preanuncio de algo que acontecerá en el futuro sino como lo `aconteciendo´, lo que se *explaya* en un presente sin derrotero prefijado, los pasos efectivamente dados podrían adquirir un valor en sí. Este puede perderse si tenemos la mirada puesta en el objetivo de instalar un análisis a toda costa. Si valoramos el psicoanálisis, nuestros cuidados apuntarán a conservar la posibilidad de otra consulta, con otro analista o en otro tiempo.

Estas consideraciones se complejizan cuando de niños se trata, dado el lugar que el mismo ocupa en la estructura familiar. Cualquier decisión afectará inevitablemente a sus integrantes.

El lugar de hijo podemos pensarlo desde distintos vértices: en uno de ellos tenemos al niño encarnando el yo ideal de los padres, destinado a obturar la falla del otro. Las expresiones: "*que no sufra lo que yo sufrí*", "*que pueda hacer lo que yo no pude*" muestran en forma manifiesta la aspiración narcisista de un hijo poseedor antes que carente. La ilusión de completud persiste y puede encontrar su reducto en "Su Majestad el Bebé".

³ Winnicott, D. (1957): *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1958, pp.111-112.

En motivos de consultas como los trastornos de conducta, es posible hallar en forma encubierta un oculto beneplácito en alguno de los padres; ya sea el placer que produce la perpetuación en el hijo del rasgo identificatorio –“*es como yo*”- o el ideal deseado pero imposible para sí mismo. Tal como lo señala Freud, amar en el otro lo que uno es o lo que uno quisiera ser son dos de las alternativas de la elección de objeto conforme al tipo narcisista. En este sentido resulta interesante la metáfora `niña del ojo´ como equivalente a la pupila del ojo, expresión usada en varios idiomas. El Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana (1976)⁴ explica el origen de la misma en el hecho de que la imagen de quien habla se ve reflejada en la pupila de su interlocutor, incluso en araucano se la denomina `persona o niño del ojo´. La lengua expresa en una metáfora la compleja teorización psicoanalítica respecto del lugar de hijo y la función de la mirada en la estructuración psíquica.

Los padres pueden venir a vernos por múltiples y muy complejas razones: conminados por el colegio o el pediatra, abatidos o enojados por la desilusión respecto del hijo, asustados por la violencia del mismo o la de ellos, sintiéndose culpables, impotentes frente a trastornos en el cuerpo que la medicina no logra aliviar, y muchos motivos más explícitos e implícitos; todo ello acompañado, en algunos casos, por el *sufrimiento*, señalado como condición de análisis por Bion (1974).⁵ Aunque éste autor no desarrolla extensamente la idea, queda claramente vinculada a tolerar la **ausencia** que el nombre evoca, lo cual permite armar una conjunción constante que permita investigar su significado.

El *sufrir* como requisito para el análisis no refiere entonces a una condición masoquista, ni su importancia radica en sentir o no una emoción. Este término elegido por el autor puede sugerirnos una posición pasiva. Por el contrario, apunta a la importancia de *descubrir* el dolor y querer saber acerca del mismo; hacerse cargo antes que expulsarlo. Podemos entender las entrevistas como un tiempo en el que el dolor podría subjetivarse. Recién entonces aparecerá la posibilidad de interrogar a quién atribuimos un saber acerca de dicho padecimiento.

Las situaciones más difíciles en el manejo psicoanalítico son aquellas en que el niño se perpetúa como objeto pulsional de la madre, condenado a una

⁴ Corominas, J. (1976): *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid, Ed. Gredos

⁵ Bion, W.: *Atención e interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 1974, p. 16.

pasivización que impide el desprendimiento y por ende su constitución como sujeto. Allí donde a nivel manifiesto aparece la preocupación o el enojo de los padres, la escucha analítica puede entrever una estructura donde la falta es obturada mediante un niño-objeto de goce de la madre. *"Aquí puede ser útil recordar que muchas psicoterapias se interrumpen porque el niño anda mejor... Los tratamientos se estancan o se interrumpen de una o de otra manera, en el momento en que se tocan las fronteras de las movilizaciones que la familia es capaz de emprender."* Ortigues (1987)⁶ En estos casos la intervención analítica se centrará inicialmente en evaluar la posibilidad que tiene la madre de hacer un renunciamiento que permita al hijo moverse de dicho lugar.

En ocasión de estar escuchando atentamente a una madre que acudía verdaderamente preocupada y padeciendo la conducta violenta de César, su hijo mayor, le pregunto algo referido al menor de sus tres hijos, pero en vez de decir su nombre lo bautizo "Octavio", nombre que por otro lado no guardaba ninguna relación con el verdadero. La señora me mira entre desconcertada y molesta y corrige mi error. En mi surge un reproche por mi escucha no tan atenta. Gracias a la experiencia analítica me sobrepongo a la desaprobación y pienso que alguna verdad debería encerrar ese lapsus.

Me atrevo entonces a preguntarle si a ella se le ocurre algo con "mi" equivocación. *"Lo único que se me ocurre es que también es un nombre de Emperador Romano"*, contesta.

Además de sentirme aliviada al reconocer una vez más el desconcierto que la emergencia de lo inconsciente supone, pudo salir a la luz la condición de la elección de dicho nombre, denotando verdaderamente un lugar de Emperador. El César pretendía conservar su Imperio a cualquier precio, aún valiéndose de la violencia y el despotismo.

A pesar del pedido de los padres, algunos niños rechazan enfáticamente la intervención del analista mostrando al mismo tiempo una fuerte sujeción, por lo general, a la madre. Frente a ello tenemos distintas posibilidades: seguir adelante con el pedido de los padres, a pesar de la negativa del hijo; o considerar la misma como una ausencia de demanda y, por tanto, resolver que no es momento para ello. Entre estas dos posiciones cabe una tercera: desentrañar el sentido del rechazo antes de cualquier decisión.

⁶ Ortigues, M. y C.: *Cómo se Decide una Psicoterapia de Niños*, Buenos Aires, Gedisa, 1987, p.35

En algunas ocasiones y por distintos motivos, el análisis es vivido por el niño como una amenaza a la preservación de las figuras parentales, imprescindibles para su constitución en tanto sujeto. Una posibilidad es que nos encontremos frente a la extrema fragilidad de alguno de los padres, siendo el niño el sostén, que con estridentes trastornos lo sostiene, invistiéndolo de una potencia que no tiene.

Tal es el caso de Germán de tres años con un déficit severo en su hablar. Resultaba muy llamativa la manera en que el niño lograba interponer a la madre entre él y yo, llegando en algunos encuentros a desaparecer quedándose dormido. Aunque ella tenía su propia terapia, él insistía en hacerle un lugar cediéndole la palabra. Las entrevistas fueron gestando interrogantes acerca de su hijo, tornándolo un ser diferente a ella. El relato de la madre permitió entender el sentido del apego desesperado, y hasta violento algunas veces. Se sentaba encima, le tomaba la cara haciéndola girar para que lo mirara, le daba órdenes reiterándolas insistentemente, entre ellas de que me hablara, cuando no lo obedecía pegaba y pateaba con una enorme furia. Estas manifestaciones que podríamos entenderlas como expresión de una posesividad radical, de una intolerancia absoluta a separarse, a diferenciarse, resultaron ser un llamado al Otro.

En una ocasión en que “dispuso” durmiéndose que la mamá asuma el lugar del quien habla, ella refiere que había estado interrogándose sobre la dificultad del hijo y relacionándola con el hecho de que durante los dos primeros años de vida los padres pasaban gran parte del tiempo bajo los efectos de la marihuana y, en algunas ocasiones, de drogas más fuertes.

¿Cuál es el valor de lo narrado por la madre? No precisamente su carácter confesional ni el haber descubierto **el origen** de la perturbación de Germán. Los reproches que la madre se hacía en soledad de nada servían para cambiar esta situación, por el contrario la llevaban a acceder a todas las exigencias del hijo como mandato superyoico compensatorio, lo cual le producía un encierro del que sólo podía salir con ataques de furia, incrementándose su sentimiento de culpa.

Estos enfrentamientos especulares dejaban al niño, una vez más, sin un Otro diferenciado al cual recurrir. ¿Cómo pretender que Germán empezara su camino de separación con la instauración del lenguaje si luchaba desesperada-

mente por tener un lugar de hijo que intentaba fabricárselo con sus propias imposibilidades?

Un niño es esencialmente hijo, en el mejor de los casos; entiendo por tal alguien enraizado en una trama parental, de la cual depende su nacimiento como sujeto. Por ello resulta necesario evaluar cuidadosamente aquellas situaciones en que el niño con su impotencia es sostén de la pareja o de alguno de los padres. Debemos sopesar la posibilidad de los mismos de conmovir la función depositada en el hijo.

Las entrevistas pueden permitir la instalación de lugares diferenciados en la trama edípica o de las categorías adulto-niño, como diría Meltzer; lo cual no es poca cosa en el camino de la constitución subjetiva.

En otras ocasiones, el enfrentamiento edípico se vuelve tan violento y al mismo tiempo tan encubierto, que el más mínimo distanciamiento es vivido como amenaza de abandono. El analista puede representar un peligro para la imperiosa necesidad de reasegurarse la presencia constante del otro odiado-amado.

Natalia no podía quedarse en el Jardín sin su madre. La relación entre ambas sonaba idílica, con risas y juegos llegaban a la puerta de mi consultorio. La dificultad para separarse en el ámbito escolar era la única nube que enturbiaba la relación; esta niña no daba motivos de enojo a su madre. A diferencia de Germán, su imposibilidad de separarse estaba ubicada claramente en la triangularidad edípica. La misma encubría el deseo de excluir a su madre, mientras que por otro, y justamente por ello, hacía una puesta en escena del deseo materno de conservar a quien tantas gratificaciones le proporcionaba.

La multideterminación del síntoma le permite a Natalia complacer a su madre no separándose de ella pero, por otro, la somete a pasarse la mañana entera en el Jardín, impidiéndole desarrollar su actividad. En la misma satisfacción al Otro materno introducía una distancia entre ella y su madre al romper la ilusión de perfección con la que esta niñita la colmaba. Este trastorno lograba generar cierto rechazo en su madre.

Lacan sostiene que el "**ser rehusado** sería, en este registro, salvarse a sí mismo del engullimiento del partenaire"⁷. Lacan (1967) De hecho, en el primer



Lacan, J. (1966-67). Seminario 14: "La lógica del fantasma", clase 18 del 10/V/67

encuentro, una de las primeras frases de esta niñita fue: *"Mañana voy a estar más feliz porque voy a estar libre de mi casa, voy a dormir en la casa de mi prima"*; mientras, dibujaba una enorme cabeza con una minúscula boca. Estos movimientos de separación eran seguidos por períodos de "pegoteo" intenso a su madre. El separarse se subjetivaba inevitablemente como culpa al quedar vinculado a la lucha edípica. Para aliviar dicha culpa se alienaba nuevamente en la madre, produciéndose así un circuito que se repetía incansablemente.

Si tenemos presente que los niños se encuentran transitando el camino de constitución subjetiva, es posible que podamos asistir con mucha frecuencia a tales puestas en escena, sobre todo en aquellos casos en que intervenimos en momentos en que la dialéctica separación-alienación se juega con tanta pasión, llevando a la instauración de una nueva posición en la estructura, la cual supone una ruptura dolorosa para hijos y padres.

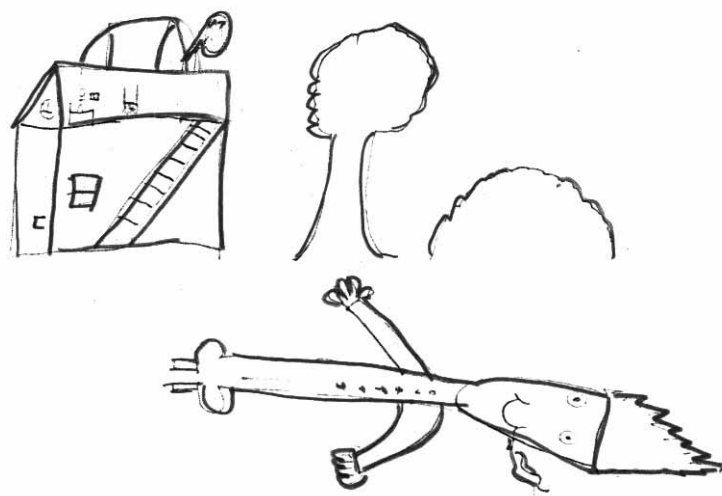
Aunque sabemos que la problemática del niño siempre está ligada a las figuras parentales, en algunos casos el niño se halla atrapado en una realización fantasmática de la madre, sin que la función paterna haya logrado operar para permitir el movimiento hacia otra posición subjetiva.

Ante la insistencia del colegio, Tomás de 10 años fue traído por sus padres debido al fracaso escolar, a pesar de su excelente potencial. En la primera entrevista, la madre relata la muerte de su propio padre, señalando que *"el día del entierro Tomás caminó"*. Mientras tomaba algunas notas, escribo *"el día del entierro Tomás murió"*, rápidamente tacho y corrijo con cierto horror. Hago caso omiso a mi equivocación, y sigo adelante con la entrevista como si ella no se hubiera producido. A pesar de lo cual –o tal vez precisamente por el olvido en que cayó- logro escuchar al niño que me dice: *"Cuando pienso que voy a ser cosechero o carnicero, o que voy a manejar un camión de basura, no quiero ser grande"*. ¿Qué le impedía a Tomás soñarse en un lugar valorado por él? ¿Qué lo condenaba a la pesadilla de ser algo que él no quería? Algo olía tan mal como el camión de basura. No me resulta usual escuchar a un niño expresar su no deseo de ser grande por sentirse condenado a ser algo desvalorizado. La respuesta a la pregunta ¿qué querés ser cuando seas grande? es donde usualmente anida el ideal...

Se me empezó a armar la idea de un niño predestinado al fracaso. Su madre había relatado acerca del fracaso de su padre, a quien *"nada puedo*

recriminarle porque fue una excelente persona que perdió toda la fortuna heredada pero nos dio lo mejor de sí.

Al mismo tiempo el niño estaba siendo evaluado por una Psicopedagoga⁸, con quien me pongo en contacto y me comenta acerca de un dibujo "extraño". Le había pedido que dibujara una casa, un árbol y una persona. Hace los dos primeros en la hoja apaisada, luego la gira colocándola en sentido vertical; allí dibuja un hombre fumando.



Tomás se sorprende y comenta: *"Qué raro que le hice con cigarrillo porque es un jugador de futbol"*; y agrega *"no sé porque lo hice ahí si tenía lugar acá"* (señala junto al arbusto). Su abuelo, aquel a quien enterraron cuando él empezó a caminar, murió de cáncer de garganta.

El carácter de extrañeza ante su propia producción, nos indica claramente la dirección en la que debemos operar. Ciertas circunstancias en su temprana infancia posibilitaron que fuese heredero del fracaso; herencia que asume y rechaza al mismo tiempo. La negación enfática de los reclamos internos de la madre hacia su propio padre la volvían sorda al llamado de Tomás⁹, manteniendo en presente un pasado que no lograba enterrar.

Estos malestares de los niños parecen no tener nada que ver con los síntomas desde el punto de vista médico. En psicoanálisis el *síntoma* como concepto adquirió un sentido particular que mucho tiene que ver con la

⁸ Agradezco a la Lic. Matilde Pérez haberme proporcionado este material.

⁹ Por un mal diagnóstico hecho por una fonoaudióloga a los pocos días de nacer, la madre vivió atormentada con la posibilidad de que Tomás fuera sordo.

etimología de la palabra misma que proviene del griego y remite a `coincidencia` y a `caigo juntamente con´.¹⁰

La caída podríamos referirla a un yo destituido del trono de la certidumbre en tanto no puede dar cuenta del enigma; en el caso de los niños parece amenazar a los padres a quienes se dirige la interpelación que el síntoma conlleva. Cuando ya no les sea posible responder, el malestar, como la peste de Tebas, tal vez los lleve a un analista, pudiendo surgir entonces la posibilidad de conceder a la palabra del Otro un valor particular para desentrañar el enigma planteado por el síntoma, que afecta también a los padres. No se trata pues de un malestar cualquiera, sino del que abre las puertas a la transferencia, habilita al Otro a intervenir. Tengamos entonces en cuenta que recibimos a los padres en un momento de vacilación respecto del lugar que les corresponde ocupar.

Si acordamos que las funciones parentales son esenciales para la constitución de un sujeto, nuestro accionar se orientará a preservar dichas funciones que, por otro lado, aparecen tan seriamente cuestionadas en nuestros días; cuestionadas especialmente por los padres quienes al vacilar tienden a someterse a las indicaciones provenientes de distintos ámbitos.

La importancia de evitar las indicaciones y, en cambio, dirigir las entrevistas de modo que puedan dar paso a una demanda de análisis, radica en que no hay verdadero análisis que pueda sostenerse sin la transferencia de los padres. Aunque la aceptación pasiva de una indicación de análisis para el hijo parece facilitar el inicio del mismo, las consecuencias pueden hacerse notar a corto plazo con la interrupción del mismo o, peor aún, provocar en el niño un cuestionamiento prematuro de la autoridad parental, desasimiento que puede dejar al niño carente del amparo del Otro, necesario para seguir andando el camino de su constitución.

Las entrevistas con los padres no pueden constituir un simple levantamiento de datos, también allí se hace necesaria la escucha analítica, con atención parejamente flotante, sin establecer *a priori* la importancia de un elemento u otro del discurso de los padres, sin preconceptos que obturen nuestra escucha. Testimoniamos así nuestra posición de carentes del saber acerca de un camino garantizado. Esta posición en las entrevistas puede premiar al analista

¹⁰ Corominas, J. : *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, Editorial Gredos, 1976.

con alguna producción de lo inconsciente que permita acceder a algún saber imposible por la vía del intelecto.

En las palabras de Lacan: "La anamnesis se hace no tanto con las cosas que se recuerdan, como con la constitución de la amnesia o retorno de lo reprimido que viene a ser exactamente lo mismo ..." Lacan (1967).¹¹

Cuando se produce en el campo analítico la emergencia de lo inconsciente -un lapsus, un fallido, un olvido- podemos confiar que lo allí develado es algo *soportable de saber* y no la anticipación de la verdad.

Palabras-clave: psicoanálisis con niños, entrevistas, lapsus, escucha analítica.

Bibliografía

Agamben, G. (2001): *Infancia e Historia*. Buenos Aires, AH Editora.

Bion, W. (1970): *Atención e Interpretación*. La medicina como modelo. Buenos Aires, Paidós. 1974

Corominas, J. (1976): *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, Editorial Gredos.

Freud, S. (1915): *Introducción del narcisismo*. Amorrortu Editores, OC, vol. XII. 1980.

Lacan, J. (1966-67): Seminario "La lógica del fantasma", inédito.

Lacan, J. (1968): Seminario XV "El acto psicoanalítico", inédito.

Mannoni, M. (1973): *La Primera Entrevista con el Psicoanalista*. Buenos Aires, Granica editor.

Ortigues, M-C y E. (1987): *Cómo se Decide una Psicoterapia de Niños*. Buenos Aires, Gedisa.

Winnicott, D. (1957): *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1958.

¹¹ Lacan, J. (1967-1968). Seminario 15: *El Acto Psicoanalítico*, clase 3 del 29/XI/67, inédito.

Resumen

El trabajo interroga la función de las entrevistas iniciales en el psicoanálisis con niños, estableciendo diferencias con la consulta médica y con la simple anamnesis. Diferencia que pasa fundamentalmente por los movimientos de apertura o cierre de lo Inconsciente.

Es por esto que los primeros encuentros entre el analista y los padres y/o niños tienen un valor en sí.

Se plantea el término *hijo* como un lugar en la estructura; considerando la necesidad de entender la dinámica de dicha estructura y la posibilidad o no de que la misma pueda soportar alguna modificación en las relaciones establecidas.

Las entrevistas pueden constituir un tiempo de subjetivación del padecimiento, lo cual llevaría a la inclusión de los padres en problemática que los trae a la consulta.

El síntoma que propicia la consulta con el analista supone la destitución del yo del trono de la certidumbre, incapaz de dar cuenta del enigma; en el caso de los niños amenaza la omnipotencia de los padres a quienes se dirige la interpelación que el síntoma supone.